

que con su poderoso auxilio apoyó los trabajos de los apóstoles del Nuevo Mundo, los Beltranes, Mogrovejos, Claveres, Solanos, Las Casas y mil otros, ha realizado en América este prodigio de una civilización tan completa y cristiana como la de la vieja Europa en el corto espacio de tres siglos y medio, prodigio no visto en ninguna otra parte del mundo. Sí, cristianos, la civilización de nuestro continente es un fenómeno que no tiene igual en Asia, ni en África, ni en Oceanía, donde á lo más se encuentran florecientes colonias extranjeras, pero no naciones cultas dotadas de vida y elementos propios. Y ¿á quién debemos atribuir esta gracia excepcional sino á Aquella que ha sido constituida por Dios dispensadora general de gracias y beneficios á los hombres? ¡Á Dios y á María su Madre sean dados todo honor y gloria por la conservación de la fe católica en el vasto continente hispanoamericano! Ella, la gloriosa Reina de los apóstoles, que tan fecundos y duraderos hizo entre nosotros los frutos del apostolado, proseguirá dilatándolos y perpetuándolos hasta el fin de los tiempos. Pero ya lo es de que veamos de qué manera ha merecido María el título de Reina de los apóstoles por la protección que dispensa sin cesar á los no interrumpidos trabajos del apostolado cristiano, asunto de la segunda parte.

II.

8. El apostolado, hermanos míos, no es ni pudo ser una institución pasajera en la Iglesia, por lo mismo que ésta debía, atravesando victoriosa la serie de los siglos, durar mientras éstos sigan su vertiginoso curso. La orden terminante dada por el Salvador á sus apóstoles de predicar el Evangelio á todas las cria-

turas¹, no había podido cumplirse todavía hace cuatro centenares de años, cuando el genio de Colón soñaba con el descubrimiento de un nuevo mundo. ¿Qué digo? aún estaba por cumplirse hace cosa de medio siglo, cuando el centro de África no había sido explorado, y aun hoy día ¡quién se atreverá á afirmar que se ha predicado ya el Evangelio á todas las naciones y pueblos de la tierra? Porque, aun cuando fuese cierto que todos los puntos de nuestro globo habían sido descubiertos por la geografía y el genio al servicio de la Iglesia, ¿qué otra cosa se habría hecho sino poner á la vista de la Esposa del Cordero campos inmensos que cultivar, naciones populosas y bárbaras que evangelizar, ó dar apenas los primeros pasos en esa obra gigantesca? ¡Ah! ¡cuánto terreno está ahí aguardando la labor de los obreros evangélicos! *Videte regiones*, decía Jesucristo á sus discípulos, *quia albæ sunt iam ad messem*²: ¡cuántas regiones en el Asia, en el África y hasta en el fondo de América, á orillas de nuestros grandes ríos, están ya cubiertas de maduras mieses, aguardando la hoz del segador! Por no ensanchar demasiado los límites del discurso, no haré mención de los vastísimos imperios de la China, del Japón y de la India, empezados á evangelizar hace más de tres siglos, pero cuya total reducción á la fe de Cristo costará quién sabe cuántos más. Ni pararé mientes en los extendidos reinos semibárbaros del África central y meridional, donde apenas empieza á sembrarse con copioso riego de sudores y sangre la simiente de la palabra evangélica. ¿Quién no ha oído hablar en estos mismos días de la célebre nación de los coptos, en cuya espiritual cul-

¹ Marc. 16, 15.

² Io. 4, 35.

tura trabaja asiduamente la Compañía de Jesús, por especial encargo del celosísimo Pontífice León XIII, que tanto ama á esa pobre raza degenerada de su antigua grandeza? ¿Quién no sabe cuántos millares de insignes misioneros despachan cada día Francia, Bélgica, Italia y demás países católicos de Europa, á manera de legiones sagradas que van á conquistar nuevos pueblos para Dios en las remotas comarcas del oriente?

¡He ahí el apostolado del siglo XIX, tan noble y generoso como el de los primeros siglos de la Iglesia! ¡He aquí, pues, el campo de la especial protección de María! Esta Reina de los apóstoles y Madre amorosa de todos los hombres, no puede mirar con indiferencia á tantos desventurados hijos suyos, redimidos con la sangre de Jesús, que todavía gimen en las tinieblas de la superstición, esclavizados por el demonio y destinados lo más, á ser víctimas de los eternos incendios del infierno. Y ¿cómo no ha de proteger con su inmenso poderío á los modernos apóstoles, que, imitadores de Santiago y sus gloriosos compañeros, consagran el día de hoy su vida y fuerzas á la conversión de chinos, malabares, japoneses, birmanes, africanos, americanos y todo género de infieles? Bien lo experimentan los celosos misioneros de innumerables órdenes que, amparados por María, van extendiendo maravillosamente el imperio de Nuestro Señor Jesucristo, viendo renovarse á cada paso los prodigios de los tiempos apostólicos.

9. Mas no es esto todo. Fuera del grande y ruidoso apostolado que se ejerce en el exterior y más allá de las fronteras de la Iglesia, á fin de plantar la fe cristiana en el corazón del paganismo y arrasar los altares de los falsos dioses, hay otro apostolado interior, si no tan brillante, no menos importante y necesario, cuyo objeto

es conservar y hacer germinar esa misma fe en el corazón de la sociedad cristiana, abatiendo los ídolos de las pasiones que se alzan en medio de los pueblos cultos. Entre las obras que abraza este noble apostolado, ocupa lugar distinguido la educación de la niñez. ¡Qué servicios tan relevantes no presta la educación á la causa de la religión en general y, muy en particular, á la causa de la fe! ¿Podría ésta conservarse y menos aún fructificar en las almas sin el auxilio de la educación religiosa? ¿no es ésta la llamada á cultivar los sentimientos de piedad en los tiernos corazones de los niños de ambos sexos? ¿quién mejor que ella los desarrolla y perfecciona? Testigos son las naciones modernas profundamente pervertidas á proporción que se ha ido pervirtiendo la educación primaria y secundaria, arrancada violenta ó mañosamente de las manos de la Iglesia. ¿Qué medio ha podido inventar el poder de las tinieblas más eficaz y certero para destruir el reino de Jesucristo, y hasta borrar el nombre de Dios de la faz de la tierra, que la educación pagana y corruptora? ¡Ah, reverendas Madres de la Compañía de María! vosotras lo sabéis perfectamente; y, como tan bien persuadidas de la necesidad de educar en el santo temor de Dios á la niñez para salvar de universal naufragio la fe de Jesucristo, consagráis la mitad de vuestra vida á la gran obra de misericordia de la educación de las niñas. ¡Las niñas, preciosa mitad del género humano! ¿por ventura interesa menos su educación que la de la otra mitad? ¿no es más bien de ella de donde ha de esperarse el porvenir de la humanidad? Tal fué el pensamiento, muy atinado por cierto, que en 1770 presidió á la fundación de esta Casa religiosa de la Enseñanza, puesta bajo los auspicios de Nuestra Señora del Pilar, y debida á la munificencia

de la Señora Doña Clemencia de Cayzedo y Vélez, cuyo nombre bendecirán todavía muchas generaciones.

Grande y meritoria como es vuestra labor á los ojos del mundo, venerables religiosas, es á los de la Iglesia algo más que una buena obra, es un verdadero apostolado, para cuyo desempeño y feliz éxito (que hasta hoy no os ha faltado) contáis con la protección celestial de la Reina de los apóstoles, Nuestra Señora del Pilar.

10. En efecto, siendo, como es en realidad, tan importante el ministerio de la enseñanza para dar por medio de ella cristiana educación á la niñez, natural es creer que María mira con predilección esta obra, una de las más meritorias de la caridad; y que, por consiguiente, la protege con especiales gracias que dispensa, ora á las directoras y maestras, ora á las alumnas y discípulas, que todas necesitan del auxilio de la celestial maestra para el fin que se proponen. Si las primeras han menester de abnegación, celo y paciencia á toda prueba para el difícil empleo de que se han hecho cargo, las segundas necesitan docilidad, constancia y gratitud para no defraudar de sus legítimas esperanzas á las religiosas directoras que se prometen formar de cada una de las niñas un modelo de virtud para edificación del mundo y consuelo de la Iglesia. Por lo que á María toca, no lo dudéis, dispuesta está á prodigaros á manos llenas sus favores: mucho ama á sus hijas predilectas, las religiosas de su Compañía, y mucho le interesa también la suerte de las pobres hijas de Eva. Estos seres, por edad y naturaleza débiles, asaltados por doquiera de gravísimos peligros, expuestos á cada hora á las sugestiones del demonio, envidiosos de la inocencia virginal, y á los asaltos y seducciones de ese lobo rapaz y astuto que llamamos mundo: ¿cómo

no han de ser objeto del cuidado especial de la Madre de misericordia, y mucho más si ellas, á fuer de hijas cariñosas y fieles, acorren á ampararse bajo el manto maternal de María? Porque, si el buen Jesús no podía dejar de enternecerse á vista de los niños, y los llamaba para acariciarlos, y los recomendaba al cuidado de sus Apóstoles diciendo: *Dejad llegar á mí á los niños, porque de ellos es el reino de los cielos*¹, ¿qué sentirá María, la madre de Jesús, al ver ese grupo de niñas cuya ternura y devoción la obligan, y cuya suerte eterna y temporal tan vivamente la conmueve?

¡Ahí la tenéis, piadosas jóvenes que os educáis á la sombra del Pilar de María! Mirad allí el baluarte y la torre fortísima á que debéis acogeros en todos los peligros: ahí está la columna luminosa que ha de guiar vuestros pasos por el desierto de la peregrinación terrestre. Tenéis muchas madres y muchas maestras; pero una es la Madre á quien debéis amar, una la Maestra de quien debéis aprender la ciencia del bien vivir, la ciencia de la salvación. Si anheláis de veras recoger el fruto riquísimo de una buena educación, que no es en definitiva sino la felicidad, no olvidéis jamás á vuestra Madre, no se aparte su nombre de vuestros labios, y menos de vuestro corazón².

11. En cuanto á vosotras, religiosas Hijas de la Compañía de María, además del caudal de gracias con que debéis contar siempre, como cooperadoras en la más divina de las obras de Dios, cual es la salvación de las almas, disfrutáis del consuelo indecible que os inspira la idea de militar en las filas de Jesús bajo el

¹ Luc. 18, 16.

² S. Bern., Hom. 2 super Missus est.

estandarte de María. ¿No es ella vuestra capitana? ¿no sois vosotras sus valientes compañeras de armas? ¿Qué valor no debe infundiros la presencia de esta nueva Débora al frente de sus aguerridas huestes! Á pelear os ha llamado el Señor con las armas del espíritu en el gran ejército de su Iglesia; que, si en todo estado es milicia la vida del hombre sobre la tierra¹, la profesión religiosa lo es de combatir á diario en el campo de batalla del propio corazón contra el mundo, el demonio y las pasiones. Pero la vocación de las órdenes religiosas activas es doblemente guerrera, porque, además de combatir en defensa de la propia alma, obliga á guerrear contra los enemigos de Cristo, acudiendo al socorro de las almas para que no sean vencidas por el caudillo infernal. Por muy grandes y temerosas que sean estas luchas, que son la vida del apostolado, á vosotras no pueden intimidaros, pues tenéis por armas el mismo espíritu apostólico, avivado de continuo en vuestros corazones por vuestra consagración al servicio de María.

Vuestra gloriosa orden tiene por divisa propia la devoción á la Santísima Virgen, según lo acredita vuestro mismo nombre de «Hermanas de Nuestra Señora»; y la devoción á la que es, como hemos visto, Reina de los apóstoles, no puede menos de mantener siempre viva la llama del celo de la gloria de Dios y la salvación de las almas, virtud que caracteriza á los apóstoles y á cuantos profesan ir en seguimiento de sus huellas.

Mientras arda en vosotras esta llama, este espíritu apostólico, que es el espíritu de María, el éxito más completo coronará vuestras santas empresas, floreciendo

¹ Iob 7, 1.

por vuestro medio la cristiana educación; y así como la presencia corporal de María sobre el Pilar de Zaragoza aseguró la conquista del mundo para el Evangelio, así la protección constante que os dispensa la misma Señora desde lo alto de su trono, será para vosotras prenda de multiplicados triunfos en la arena de la perfección, y garantía de la final victoria que os pondrá en posesión de la eterna bienaventuranza. Así sea.

SERMÓN PARA LA FIESTA DE NUESTRA SEÑORA DEL CONSUELO

(predicado en la parroquia de San Victorino, Bogotá, 1897).

María, consuelo de afligidos.

Quomodo si cui mater blandiatur, ita ego consolabor vos.

Como una madre que acaricia al hijo lloroso, así yo os consolaré á vosotros.

Is. 66, 13.

I. Una piadosa tradición atestiguada por la fiesta que el día de hoy celebra esta venerable parroquia, no nos permite dudar de los planes llenos de misericordia que abriga María santísima para con sus hijos, los feligreses de San Victorino. Ella quiere prodigarles á manos llenas los consuelos que necesitan en sus congojas, trabajos y tribulaciones. ¡Nuestra Señora de la Consolación, ó del Consuelo! ¡qué advocación más dulce para el corazón del hombre condenado á vivir en la región del llanto y del dolor! Los vecinos de esta parroquia, favorecidos con señales prodigiosas y milagros debidos al culto de esta santa imagen, no deberían mirar con indiferencia el tesoro que poseen en la de-